

texto cosa bastante nueva para la conciencia del pueblo. Difícilmente podía conservarlas la memoria, y esta circunstancia era ya suficiente por sí sola para recomendar que fueran apuntados por escrito, después de pronunciados. Era este, al propio tiempo, el medio para inculcar de nuevo pláticas anteriores en la conciencia del pueblo, y en Jer., 36, 1 y siguientes vemos que estos manuscritos no solo estaban destinados a la lectura individual, sino también a ser leídos delante del pueblo. Por otra parte los profetas mostraban interés en que ciertas predicaciones se conservaran como testimonios para tiempos futuros.

Han llegado hasta nosotros profecías que aun conservan marcadamente la forma de arenga, como, por ejemplo, Isaías, capítulo 22 y cap. 28-31. Pero es probable también que á veces se creyera conveniente que ciertas ideas, frecuentemente tratadas ante el pueblo en pláticas aisladas, y delo bajo distintos puntos de vista, fueran expuestas en conexa relación, prescindiendo de la forma en que habían sido presentadas ya aisladamente. Poseemos también algunas de estas composiciones, siendo la más interesante la de Jeremías, 2-6 y 7-10, que abraza, en el primer trozo, las predicaciones de la época de Josías, y en el segundo las hechas en tiempo de Joaquín. Estas predicaciones no fueron puestas por escrito sino en el cuarto año del reinado de Joaquín, como el mismo Jeremías refiere en el cap. 36; de modo que desde el 13.º de Josías hasta entonces, el público se había contentado con la palabra hablada. Por lo que se nos dice en el mismo cap. 36, podemos apreciar la libertad con que se procedía en la redacción de estos escritos proféticos. Después de haber sido quemadas por Joaquín, en el cuarto año de su reinado, las profecías de Jeremías escritas por Baruch, bajo el dictado de aquel, y pronunciadas desde el año 13 del reinado de Josías, ó sea durante 23 años, encarga Jeremías á Baruch otro libro-rollo, y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joaquín, rey de Judá, y aun fueron añadidas á ellas muchas otras palabras semejantes (Jer., 36, 32).

Los escritos de los profetas que nos han sido conservados en el Cónon, están asaz unánimes en anunciar la sentencia que Jehova ha de pronunciar sobre Israel, y representan un desenvolvimiento progresivo de las ideas proféticas. Mas, en realidad, el movimiento profético fué de desarrollo mucho más variado, y hasta á un mismo tiempo prevalecieron ideas proféticas enteramente contrarias unas á otras. La relativa unanimidad que revelan ahora los escritos de los profetas es debida á que solo han llegado hasta nosotros después de un expurgo y de una revisión. La literatura profética que nos ha sido transmitida no fué coleccionada sino en la época posterior al cautiverio, y fué sometida repetidas veces, así durante el tiempo de la transmisión aislada, como después en colección, á una revisión de concordancia y expurgo de lo contradictorio con el curso de los sucesos históricos (1). Los escritos que revelaban semejante contradic-

(1) No son pocos los que aun se resisten, con razones especiosas, á reconocer el hecho de que la literatura profética no ha llegado hasta nosotros sino después de sistemática reforma. Sería verdadera maravilla que la parte profética de la literatura anterior al cautiverio hubiese tenido distinta suerte que la histórica y legal. Es desconocer las consecuencias de la catástrofe de 586 y su significación para la literatura profética, así como los movimientos espirituales de la época del cautiverio y de la subsiguiente, y sobre todo las peculiaridades de la transmisión de literaturas religiosas, el querer resistirse á semejante evidencia, indispensable para interpretar debidamente la historia de los profetas y apreciar los movimientos espirituales y apocalípticos, pero que también hace más difícil, por otra parte, el estudio de la literatura profética, demostrando una vez más que no es suficiente el criterio estético para la interpretación del Antiguo Testamento.

cion en el conjunto de su contexto, quedaron desde luego excluidos de la transmisión.

Ya anteriormente expusimos un ejemplo de este trabajo de concordancia, y señalaremos luego otros en Oseas, Isaías y Jeremías. De la simultaneidad de distintas tendencias proféticas dan testimonio muy particularmente los cap. 7, 26 y 28 de Jeremías. Los profetas censurados por Jeremías en estos pasajes representaban ideas que venían ya de Isaías y que en su tiempo habían sido proclamadas para la salvación del pueblo, pero que en la época de Jeremías malograban su predicación de penitencia. Los profetas representantes de conceptos contradictorios de los que nos han sido transmitidos, son los designados como «falsos profetas;» y como tales los considera la historia, porque no han sabido interpretar debidamente los planes de Jehova. Pero es indudable que estaban tan convencidos de la verdad y del origen divino de las ideas predicadas por ellos, como de las suyas los profetas que en los escritos que poseemos les acusan de predicadores de mentiras y seductores del pueblo, siendo evidente, asimismo, que igual concepto merecerían estos á los otros. Querer negar esto, sería ignorar el temor del hombre de la antigüedad ante los poderes divinos.

Poco antes de la caída de la dinastía de Jehú aparece el primero de los profetas escritores, y es parte de su misión anunciar esta desgracia nacional. El estado de cosas que se había desarrollado en Israel bajo el gobierno de esta dinastía constituye el fondo de su predicación y de la de sus sucesores. Este es ya motivo suficiente para que debamos empezar el período de los profetas en tiempo de la casa de Jehú, por más que esta época tenga el mismo carácter exterior que la precedente. Israel está en guerra con los sirios, peleando al principio con harta mala suerte, mas desgraciadamente que nunca. Al fin logra libertarse por completo, pero este no es sino el principio del fin.

Dada la importancia que tiene, según expusimos en las páginas anteriores, la consumación gradual de la ruina de Israel, debemos dividir la época de la desaparición del Estado en dos períodos principales: 1.º desde la entronización de la dinastía de Jehú hasta la destrucción de Samaria (722), y 2.º desde ésta hasta la de Jerusalén (586).

Ya hemos dicho que teníamos datos muy suficientes respecto de la cronología desde 722 hasta 586 (A. C.). No sucede así en el período desde 842 hasta 722, por más que precisamente sobre los sucesos que en él se desarrollan nos encontremos muy bien informados, merced á las inscripciones asirias que dejamos analizadas en las páginas anteriores. No solo son raras las referencias á la Asiria que hallamos en el Libro de los Reyes, dada la aridez de su descripción histórica, sino que precisamente en los hechos mencionados así en el indicado libro como en las inscripciones asirias, se manifiesta con particular evidencia la poca fe que merecen sus cifras.

Según hemos dejado consignado, la principal discrepancia en la cronología de ambas series de monarcas, transmitida en el Libro de los Reyes, aparece en el período que media desde la caída de la casa de Omri hasta la destrucción de Samaria, pues que en él reinan 10 reyes israelitas en 143 años y 7 meses, y 7 reyes judaitas en 165 años. Pero el caso se presenta mucho peor aun para la transmisión histórica, pues según los datos de los asirios, fijados cronológicamente con toda exactitud, que consignan el pago del tributo israelita á la Asiria, en 842 por Jehú, y en 738 por Manahem, á lo sumo pudieron mediar 121 años entre uno y otro de aquellos sucesos.

Admitiendo que Jehú y Atalía ocuparan ya el trono en el año 843, habrían reinado, según el Libro de los Reyes:

ISRAEL				JUDÁ			
Jehú	28 años.	842-815 (1)	Atalía	6 años.	842-837		
Joacaz	17 »	814-798	Joas	40 »	836-797		
Joas	16 »	797-782	Amasías	29 »	796-768		
Jeroboam	41 »	781-731	Azarías	52 »	767-716		
Zacarías	6 meses.		Joatan	16 »	715-700		
Sellum	1 mes.		Acaz	16 »	699-684		
Manahem	10 años.	740-731	Ezequías	6 »	683-678		
Faceia	2 »	730-729					
Facea	20 »	728-709					
Oseas	9 »	708-700					

Resulta, pues, que, según la serie efraimita, la destrucción de Samaria debió de ocurrir en el año 700, y según la judaita en 678, mientras que en realidad acaeció en el año 722.

Los errores de la serie judaita son los más manifiestos. En primer lugar, es evidente que casi toda la duración del reinado atribuido á Joatan corresponde al de su padre Azarías, el cual, atacado de la lepra durante los últimos años de su vida, había confiado á Joatan su representación. Además, es muy exagerada la duración del reinado de Amasías, pues la revolución en que perdió trono y vida, se explica más naturalmente como efecto de las consecuencias de la guerra que en su arrogancia provocó contra Joas de Israel. Es inverosímil que, como se pretende en 2. Reyes, 14, 17, sobreviviera 15 años á este mismo Joas, y su catástrofe debió de ser anterior á la muerte de éste. Duncker (*Hist. de la Antigüedad*, páginas 270 y siguientes) reduce á 5 los 29 años de reinado que la Biblia atribuye á Amasías, y Kamphausen (*Nuevo ensayo de una cronología de los reyes hebreos en la Revista científica del A. T.*, 1883, páginas 200 y siguientes) lo reduce á 19; pero semejantes cálculos no tienen justificación alguna, pues que existe indudablemente la posibilidad de que los 40 años adjudicados á Joas, padre de Amasías, provengan de un error, ó de que ambas cifras estén equivocadas.

Lo defectuoso en la serie israelita está en las cifras de los reyes desde Manahem en adelante. Habiendo Manahem, según una inscripción de Teglat-falasar II (2), pagado á éste tributo en el año 738, no puede ser que, los tres reyes Faceia, Facea y Oseas reinaran en junto 31 años, sino que, cuando más, reinaron 16 años. Pero hay otro error todavía en esta serie. Los triunfos que Israel consigue en esta época sobre los sirios son consecuencia de incursiones de los asirios en la Siria, como del mismo modo los triunfos de ésta sobre Israel corresponden á períodos en que no se ve molestada por los sirios. A la apurada situación en tiempos de Jehú y Joacaz sucede un cambio favorable en el reinado de Joas, hasta el punto de que con Jeroboam logra Israel tomar la ofensiva contra la Siria. Las campañas asirias que facilitan estos resultados son las de Rammánirár, desde el año 806 en adelante, Salmanasar II (782-772) y Asaraddon III (772-752). A los reinados de estos corresponderán, pues, los de Joas y Jeroboam, quedándonos entonces para los de Joacaz y Jehú no más que 36-40 años, mientras que el Libro de los Reyes les concede un total de 45.

Pero tampoco es admisible aquí buscar la concordancia en la arbitraria modificación de las cifras de algunos reyes; como, por ejemplo, Duncker, que rebaja á Joas de Israel de 16 á 8 años y á Facea de 20 á 3, y Kamphausen á Manahem de 10 á 3 y al mismo Facea á 6. No se puede demostrar que las cifras bíblicas solo estén equivocadas precisamente en los reinados de estos monarcas, y mucho menos todavía que deban ser corregidas en la forma indicada.

(1) Computando el primer año entero de cada rey como el primero de su reinado.

(2) Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,» páginas 223 y siguientes.

Por estas razones no puedo aceptar como fundada la reconvención que hace Kamphausen (en su trabajo ya citado, página 201) de poco considerada á la opinión que he expuesto sobre las cifras del Libro de los Reyes, y creo más bien no haber manifestado sino puramente lo que era lícito á un escritor prudente, dadas las circunstancias del caso. Sobre el período desde Jehú hasta la destrucción de Samaria, mientras nuevos descubrimientos de inscripciones asirias no nos proporcionen otros puntos de coincidencia, solo se puede aseverar con certeza que Jehú ya ocupaba el trono antes de 842, acaso desde 843, y que su hijo Joacaz debió de haber muerto ya antes de 800. No es posible decir cuánto tiempo reinaron Joas y Jeroboam, porque no sabemos cuándo comenzó el reinado de Manahem, ni siquiera si fué antes del año 838, en que Teglat-falasar recibió tributo de este rey de Israel. Como ya hemos indicado, la duración total de los reinados de los monarcas israelitas posteriores á Manahem, no puede exceder de 16 años; intentar, sin embargo, repartir este tiempo entre Faceia, Facea y Oseas, es de todo punto temerario, dada la deficiencia de la tradición histórica.

El rey judaita Joas es contemporáneo de Jehú y Joacaz, como su hijo Amasías lo es del Joas de Israel. Los reinados de Amasías y Azarías abrazan aproximadamente el período de 800 á 740, deduciéndose la primera fecha de lo que dejamos ya consignado; y el fin del reinado de Azarías no puede fijarse antes de 740, porque encontramos el nombre de este rey en inscripciones de Teglat-falasar que parecen referirse á sucesos de los años 742-740 (3). Azarías probablemente ocuparía el trono de Judá antes que Jeroboam de Israel (4).

Más adelante trataremos de las tentativas hechas para hacer concordar los reinados de los monarcas judaitas Acaz y Ezequías con la cronología de las listas asirias de Epónimos y actos de administración.

CAPITULO PRIMERO

DESDE LA CAIDA DE LA CASA DE OMRI HASTA LA RUINA DE SAMARIA

I. La dinastía de Jehú y el profeta Amós.

En muchos puntos la época de la dinastía de Jehú no es más que una repetición de los sucesos del período anterior. Se malogran los esfuerzos contra los sirios durante los dos primeros reinados y tienen mejor éxito durante los posteriores. Mas la miseria con Jehú y su sucesor es muchísimo mayor que en tiempo de Omri y Ocozías; el país llega al borde del abismo, y acaba por quedar herido y humillado á los pies de los sirios. La indómita tenacidad con que durante los reinados de Omri y sus sucesores eran recibidas las derrotas á manos de los sirios, parece haberse trocado en muda resignación. En cambio, con los tres últimos reyes de la dinastía de Jehú, Israel se ve completamente libre de la opresión de los sirios y hasta aparece otra vez como potencia dominante. A esto responde también un cambio radical en el espíritu público; los ánimos se mecen en indolente confianza y se entregan al alegre goce de la vida.

(3) Véase Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,» págs. 219 y siguientes.

(4) Esto contradice lo indicado por Kamphausen en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1883, pág. 197. Es consiguiente que Kamphausen deduzca también que Joatan, mencionado en 2. Reyes, 15, 32, después de Manahem, Faceia y Facea, hubo de subir al trono después de este último, mientras que es indudable que su co-reinado con su padre corresponde al de Manahem, y acaso todavía al de Jeroboam, y su reinado personal al último período del de Manahem, siendo más bien Acaz el coetáneo de Facea.

Podemos por fortuna determinar con bastante exactitud la época en que Jehú comenzó á reinar. De los datos que nos proporcionan los asirios se desprende que las revoluciones que llevaron al trono á Hazael, en Damasco, y á Jehú, en Samaria, son anteriores al año 842 A. C.; pues en este año emprendió Salmanasar II una campaña contra la Siria, la quinta que hizo en este país, en la cual tuvo por adversario á Hazael. Ahora bien, como Acab tomó parte en la batalla de Karkar (854) y como, según hemos indicado, sus últimos combates con los sirios debieron de ser posteriores á 854, hemos de admitir forzosamente, á fin de que nos quede espacio para los reinados de Ocozías y Joram, que la subida de Jehú al trono se efectuó poco antes de 842.



Tributo de Jehú. Bajos relieves del obelisco de Salmanasar.

calderos de oro, plomo, un cetro para el rey y astas para lanzas.

Mas la sumisión á la Asiria produjo escaso beneficio á Israel. Salmanasar no logró conquistar á Damasco. Otra campaña emprendida contra la Siria en el año 839 parece que tampoco tuvo mejor éxito, y ésta fué durante bastante tiempo la última dirigida contra aquel país por los reyes asirios. Ciertamente en 832 se presenta de nuevo un ejército asirio en el valle del Orontes, á las órdenes de un capitán de guerra de Salmanasar, para imponer castigo al pequeño reino de Patin; pero el propio Salmanasar está tan ocupado guerreando en el Norte y Este de su imperio, que no le es posible cuidarse de la Siria, y menos aun lo puede hacer su hijo y sucesor Samsinarr († 811). Así cambia la situación en manera por demás desfavorable para Israel, viéndose los sirios completamente libres para atacarle.

Jehú es desgraciado en la guerra; los ejércitos de los sirios invaden su territorio. Con igual crueldad que habían muestra-

do los asirios al devastar su país, proceden los sirios en tierra de Israel. De los lances de esta desgraciada lucha nada encontramos en el Libro de los Reyes. Tan solo en el lib. 2, v. 10, 32, se nos dice: *En aquellos días comenzó Jehova á desviarse de Israel.* Y si el v. 33 refiere que toda la comarca oriental del Jordan hasta el Arnon cayó entonces en manos de los sirios, es debido á un redactor posterior (1), que lo añadió como segunda parte del v. 32, apreciando con bastante exactitud la situación, por mas que mencione equivocadamente á Basan, que hacia mucho tiempo que ya no era israelita. Amós, que no aparece sino medio siglo despues, todavía amenaza con que Jehova hará consumir por el fuego los palacios de Hazael y Benhadad, porque los sirios *trillaron á Galaad con trillos de hierro* (1, 3). Por las amenazas que siguen á la anterior, vemos que los pueblos vecinos, los ti-

(1) Véase: «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1885, página 279.

rios, edomitas y amonitas, habían aprovechado la situación apurada de Israel para hacer correrías en su territorio. Igual proceder observaron los moabitas, y esto constituye el fondo de la leyenda profética en 2. Reyes, 13, 20 y 21. La otra leyenda de igual género, 2. Reyes, 8, 7 y siguientes, de que hicimos mención en una nota anterior, nos muestra en manera conmovedora á Eliseo previendo los males á que él mismo debe abrir el camino ungiendo á Hazael por mandato de Jehova. A Hazael, que le consulta por encargo de Benhadad, gravemente enfermo, contesta el profeta: *Vé, dile: Seguramente sanarás. Pero Jehova me ha mostrado que él ha*

de morir ciertamente. Y mirando luego á Hazael, rompe en llanto. Hazael le dice: *¿Por qué llora mi señor?* Y Eliseo le responde: *Porque sé el mal que has de hacer á los hijos de Israel. A sus fortalezas pondrás fuego y á sus mancebos matarás á cuchillo, y estrellarás á sus niños, y abrirás el vientre á sus preñadas.*

La desgracia nacional que vino sobre Israel á consecuencia de las guerras sirias parece que llegó á su colmo en tiempo de Joacaz, hijo de Jehú. El revisor del Libro de los Reyes de la época anterior al cautiverio (1) solo dice de estos importantes sucesos: *Y encendióse el furor de Jehova contra Is-*



Tributo de Jehú. Bajos relieves del obelisco de Salmanasar.

rael, y entrególos en mano de Hazael, rey de Siria, y en mano de Benhadad, hijo de Hazael, por largo tiempo. Y no dejó á Joacaz mas gente de guerra que cincuenta jinetes, y diez carros, y 10,000 infantes. Pues el rey de Siria los había destruido y los había puesto como polvo de la era de trillar (13, 3, 7). Estas palabras no pueden tener sino la significación de que destrozado por completo el ejército de Joacaz á causa de repetidas derrotas, el rey israelita se vió obligado á hacerse vasallo de los sirios.

En efecto, Israel se encontraba de tal modo á la merced de sus vencedores, que estos pudieron atreverse á la empresa de reducir también á los pueblos de la Palestina situados al Sur de aquel.

En esta época de la sumisión de Israel al rey de Siria ocurriría probablemente el hecho que se nos refiere en 2. Reyes, c. 12, 17 y 18, del reinado de Joas de Judá, y que, en la forma descuidada, propia del Libro de los Reyes, está relacionado con lo que le precede mediante el adverbio *entonces*.

Dice así el pasaje: *Entonces subió Hazael, rey de Siria, y atacó á Geth y tomóla; y volvió su cara para subir contra Jerusalem. Por lo que tomó Joas, rey de Judá, todas las ofrendas que habían dedicado Josafat, y Joram, y Ocozías, sus padres, reyes de Judá, y las que él había consagrado, y todo el oro que halló en los tesoros del templo de Jehova y en el palacio del rey, y enviólo todo á Hazael, rey de Siria; y éste se partió de Jerusalem.* Judá, pues, no se atrevió á hacer resistencia, sometiéndose voluntariamente. Geth parece que quedó completamente destruida, no haciéndose ya mención de ella al enumerar los principados filisteos (véase Amós, 1, 6-8), y en Amós, 6, 2, se la cita como ejemplo saludable, entre otras ciudades conquistadas y destruidas.

De Joas de Judá, el cual, según 2. Reyes, 12, 2, *hizo lo*

(1) La «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1885, págs. 295 y siguientes, trata del trozo 13, 1-14, 16, y demuestra particularmente que la esencia primitiva del cap. 13 solo se componía de los v. 1-3, 7-11, 22. 24 y 25.

que era recto á los ojos de Jehova durante todo el tiempo en que el sacerdote Joyada le dirigió, no se nos dan mas noticias que de la mayor parte de sus antecesores. En 2. 12, 15 (1), nos transmite el Libro de los Reyes una importante relacion, que carece hoy de su principio, acerca de sus afanes por la conservacion del templo de Salomon. Segun ella, Joas adoptó la disposicion de que todo el dinero dedicado al templo correspondiese á los sacerdotes, que en cambio quedaban obligados á costear todas las reparaciones que el templo necesitase. Mas en el año 23 de Joas, fué evidente que los sacerdotes no cumplian esta obligacion. Joas mandó llamar á Joyada y á los otros sacerdotes, hizoles cargos por su descuido y dispuso que en adelante no recibieran aquel dinero, que seria empleado en reparar los desperfectos del templo. Los sacerdotes renunciaron gustosos al dinero, por verse exentos de semejante obligacion. Por mandato de Joas se colocó á la entrada del templo (2), junto al masseba (3), un arca cerrada con un agujero en la tapa, dentro de la cual ponian los sacerdotes que guardaban la puerta el dinero que ofrecia el pueblo. Así que parecia llena el arca, se presentaba el canceller en el templo, se contaba el dinero hallado y se entregaba á los artífices encargados de la conservacion del templo, costeándose tambien con él los materiales necesarios al efecto. Mas no se empleaba cantidad alguna de aquel dinero en la fabricacion de utensilios de metal para el templo. Para los sacerdotes quedó reservado todo el dinero que ingresara por delito y por los pecados.

Joas fué víctima de una conjuracion (4), y no se nos dice lo que la motivó. Sucedióle su hijo Amasías, el cual tan pronto como se encontró en plena posesion del poder, impuso pena de muerte á los asesinos de su padre. El que no persiguiera á los hijos de estos le es muy álabado en el Libro de los Reyes, apreciando este abandono de la antigua costumbre como acatamiento de lo prescrito en el Deut., 24, 16.

Amasías fué contemporáneo de Joas de Israel, nieto de Jehú, el cual, segun el sincronismo en 2. Reyes, 13, 10, subió al trono en tiempo todavía de su homónimo judaíta. Segun 2. Reyes, 13, 24, reinaba á la sazón en la Siria el hijo de Hazael, llamado Benhadad, tercer rey sirio de este nombre que cita la Biblia. Joas de Israel logró arrojar de sus dominios á los sirios y reconquistar las ciudades tomadas á su abuelo Jehú por Hazael. Facilitó estos triunfos al rey israelita la vuelta del rey asirio Rammánir III (811-772) (5) á la antigua política belicosa contra la Siria. En 806, 805 y 797 emprenden campañas los asirios contra este país; Rammánir se alaba de haber conquistado toda la Siria y la Fenicia (6). Tambien Amasías quiso reanudar las tradiciones gloriosas de la época de la dinastía de Omri, consiguiendo infligir una derrota decisiva á los edomitas en el valle de las Salinas (7) y tomar por asalto su capital, Sela, á la que, probablemente por él mismo reedificada, dió el nombre de Joct'e'l. No es verosímil que se lograra entonces la conquista

(1) Ha sufrido bastante reforma este trozo, especialmente con relacion á 2. Reyes, 20, que se refiere al mismo, y á su vez ha sido completado segun él; véase: «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1885, páginas 290 y siguientes.

(2) Debe aludirse á la puerta del Norte.

(3) La «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1885, pág. 290, opina que así se debió leer primitivamente.

(4) Los v. 20 y 21, que nos refieren los pormenores de su muerte, están muy desfigurados.

(5) Véase Meyer, en su obra varias veces citada, pág. 145.

(6) Desgraciadamente, ni sabemos en qué época ocurrió la guerra con Mari de Damasco, ni la relacion genealógica que éste pueda tener con Hazael.

(7) Esto es, en el Araba, al Sur del mar Muerto. Segun el pasaje 14, 7, perecieron en esta ocasion 10,000 edomitas ó idumeos. Sin reparo alguno puede rebajarse bastante esta cifra.

de todo el territorio de los edomitas, por mas que el autor del Libro de los Reyes parece interpretarlo así; pues en el pasaje referente á Azarías, 14, 22, que ya por su forma parece relacionado con 14, 7, no se atribuye al hijo de Amasías sino la reconstruccion de Elath despues de haber dado sepultura á su padre. Tampoco hace indicacion alguna al final de su relacion sobre Azarías, 15, 5, de que tenga que referir de él hechos de guerra. A juzgar por la exposicion del Libro de los Reyes, hemos de admitir que Elath, punto extremo Sur de Edom, cayó tambien entonces en poder de Amasías, pero que la muerte le impidió que la reedificara. Ahora bien: cuando Amós dice, en 1, 6 y siguientes, que los edomitas compraron á los fenicios y filisteos cautivos judaitas, y por cierto poblaciones enteras, y amenaza al mismo Edom, en 1, 11, á causa de su inveterada enemistad contra Israel, y refiere que los moabitas quemaron, hasta convertirlos en ceniza, los huesos del rey de Edom, puede ciertamente referirse todo esto á sucesos anteriores á la época de Amasías, como que todo lo imputado á los sirios habia ocurrido tambien mucho antes de los tiempos de Amós. Pero de la amenaza que expresa diciendo: *Por eso enviaré fuego á Teman y consumiré los edificios de Bosra* (1, 12), se desprende precisamente que Edom no habia sufrido todavía ninguna derrota que pudiera ser considerada como castigo de sus pecados, mientras que por otra parte la pertinaz enemiga contra Israel, que Amós censura en Edom, significa simplemente los esfuerzos de éste para mantener á distancia al opresor judaíta. El no mentar, sin embargo, en este pasaje las ciudades de Sela y Elath, citando en su lugar, como las mas importantes de Edom, á Bosra y Teman, unido á la promesa que Amós hace á Israel en 9, 12, de la conquista de aquel país en la época mesiánica, acaba por esclarecer plenamente el punto. Con la conquista de la capital Sela (Petra) y de Elath estaban los judaitas en posesion no solo de la vía comercial por el Araba, sino tambien del puerto al Este del Araba para los productos que eran transportados por medio de caravanas; y con esto podian darse desde luego por satisfechos. En cambio, segun vemos en Amós, fuera de Sela, no lograron conquistar definitivamente las comarcas situadas mas al Este del Araba; y si Bosra es la actual Buséra, á 4 leguas al Sur del mar Muerto, y Teman el Theman de la Vulgata (8), era muy escaso el territorio poseido por los judaitas en Edom. Al Este del Araba continuaria manteniéndose el reino nacional, y así es que Edom aparece tambien despues como Estado independiente en las relaciones de los asirios.

Es posible que Amasías se viera impedido de emprender nuevas campañas contra Edom á causa de la vergonzosa derrota que sufrió á manos de Israel, en la lucha que tan temerariamente empeñó con éste (9). Joas de Israel se condujo al principio con él como un gigante bonachon con un enano. Al reto de Amasías contestó diciendo: *El cardillo que está en el Líbano envió á decir al cedro que está en el Líbano: Da tu hija por mujer á mi hijo. Y pasaron las fieras que están en el Líbano, y hollaron el cardillo. Ciertamente has venido á Edom, y tu corazón te ha envenenado. Gloriate, pues, mas estáte en tu casa. ¿Y por qué provocas el mal para que caigas tú, y Judá contigo?* Pero Amasías persiste en su actitud provocadora, y obliga á Joas á penetrar por el Noroeste en su territorio, destrozando su ejército en Bet-emes y haciendo prisionero al mismo Amasías, que es llevado á Jerusalem,

(8) A 15 (segun San Jerónimo, 5) leguas de Petra; véase Wetzstein, en la «Revista de Geografía Universal,» 18, págs. 52 y 53.

(9) El relato de que ya hemos hablado en una nota anterior, acerca del castigo que Amasías recibió de manos de Joas por su arrogancia, es indudablemente de origen efraimita; no parece, sin embargo, que tenga conexion alguna con los trozos efraimitas de 2. Reyes, 20.

cuyas puertas se abren al vencedor. Joas destruye 400 codos del muro de la ciudad, desde la puerta de Efraim hasta la de la esquina, y se retira llevándose todos los tesoros hallados en el palacio del rey y en el templo, despues de recibir rehenes que respondan de la paz futura.

Los hierosolimitanos se rebelaron contra Amasías. No se nos indica el motivo que tuvieron para ello, pero es de presumir que fuera la indignacion causada por la afrenta que con su reto á Joas de Israel habia acarreado éste á Judá y á Jerusalem. Ya hemos demostrado que el dato contenido en 2. Reyes, 14, 2, 17, de que Amasías reinó 24 años, de los cuales 15 fueron despues de la muerte de Joas, no puede servir de argumento contra esta presuncion; y hemos advertido tambien que solo puede explicarse lo que refiere 4, 22, admitiendo que la muerte sorprendió á Amasías en medio de sus preparativos para asegurar la posesion de sus conquistas en Edom. La rebelion, pues, debió de producirse poco tiempo despues de la derrota sufrida por Amasías. Por otra parte, es posible tambien que ódios antiguos aprovecharan la ocasion para saciar su sed de venganza, y que tuviera fatales consecuencias para Amasías su supuesto acatamiento de las prescripciones deuteronomistas á que hemos hecho referencia. Cuando estalló el movimiento contra él, Amasías huyó á Lakis, pero envió desde Jerusalem, gente tras él, y los habitantes de aquella ciudad se adhirieron á la causa de los sublevados, dando muerte al rey allí mismo. Su cadáver fué conducido con toda solemnidad á Jerusalem y sepultado junto á los demás restos de la familia de David. La asamblea popular proclamó entonces rey á Azarías, hijo de Amasías que tenia á la sazón 16 años de edad.

Como ya hemos indicado, el Libro de los Reyes no refiere hechos belicosos del rey Azarías, ú Ozías (1), como se le llama en la literatura profética y en algunos pasajes del mismo Libro de los Reyes. Azarías tuvo la desgracia de contraer la lepra, por lo cual se hacia representar por su hijo Joatan, que tenia el cargo de prefecto del palacio, en las funciones que, como la administracion de justicia, hubieran exigido su contacto con el pueblo. Hubo tradicion primitiva del sitio en que residia el rey leproso (LXX), pero la palabra que lo designaba (15, 5) ha llegado á nosotros de tal modo desfigurada que no es posible reconstruirla (2). Ya hicimos antes presente que los 16 años de reinado que el Libro de los Reyes asigna á Joatan, incluyen los del co-reinado con su padre.

Con Jeroboam, hijo de Joas, que, segun 2. Reyes, 14, 23, reinó 40 años en Samaria, alcanzó la dinastía de Jehú su mayor poderío. Dice el redactor del Libro de los Reyes: *El*

(1) En 2. Reyes, 14, 21, al dar cuenta de su subida al trono, así como en el trozo 15, 1-7, que se refiere á él, se le llama Azarías y en cambio Ozías en 15, 32 y siguientes, que trata de Joatan; y otra vez Azarías, en 15, 8, 17-23, 27, y Ozías en 15, 13. Diríase que el primitivo Ozías fué convertido mas tarde en Azarías. La simultaneidad de estos dos nombres podría explicarse por la sustitucion de uno por el otro al ocupar este príncipe el trono. Sin embargo, el *jardin de Ozias*, citado en 2. Reyes, 21, 18, 26, ha motivado otra hipótesis, apoyada por Wellhausen. El nombre de Oza (véase 2. Sam., 6, 3) seria tal vez abreviatura de Azarías y confundido despues con el de Ozías, que fué escrito en su lugar. Parece estar demostrado por las inscripciones asirias que Azarías era el nombre oficial de este rey; véase Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,» segunda edicion, páginas 223 y 224.

(2) *Bet-hachophschit*, en 2. Reyes, 15, 5, y *chophschút*, en 2. Crónica, 26, 21, no pueden en manera alguna significar un hospital; que no son variantes primitivas, lo demuestra, en nuestro concepto, el *aphphásbít* de la version de los LXX, si bien el significado de este vocablo no es menos oscuro. Es probable que se haga referencia á un edificio en el real alcázar (*).

(*) La traduccion de San Jerónimo dice (15, 5): *Et habitabat in domo libera seorsum*, «y habitaba en una casa aislada separadamente.» (N. del T.)

restituyó los términos de Israel, desde la comarca de Hamath hasta el mar Muerto, conforme á la palabra de Jehova, Dios de Israel, comunicada por su siervo el profeta Jonás ben Amitai, de Gat Hachepher. Por cuanto Jehova vió que la afliccion de Israel era muy amarga, y que no habia ni siervo, ni guardador ni salvador para Israel. Mas no pensó Jehova raer el nombre de Israel de debajo del cielo; por tanto lo salvó por mano de Jeroboam, hijo de Joas.

El redactor se pone así en contradiccion con la noticia dada anteriormente, de que Joas habia ya guerreado con éxito feliz con los sirios. Mas se concilia perfectamente con esta noticia la que menciona ahora del restablecimiento por Jeroboam de los antiguos dominios de Israel desde el mar Muerto hasta la comarca de Hamat, y en la cual apoya la apreciacion que hace. A Joas solo le atribuye la reconquista de las ciudades perdidas en tiempo de Joacaz, y nos consta que ya Jehú habia perdido algunas comarcas. Las conquistas de Joas se limitarían al territorio occidental del Jordan, y Jeroboam reconquistaría luego el situado en la parte opuesta del mismo rio. La indicacion de que los dominios de Israel quedaron restablecidos hasta cerca de Hamat, no es mas que una hipérbole para significar que fueron recuperadas las antiguas fronteras del Norte.

Prodióse este próspero cambio en las condiciones políticas de Israel merced al desquiciamiento en que habia caido el reino sirio, á causa de las continuas incursiones de los asirios; pues lo mismo Salmanasar III (782-772) que Asaradon III (772-754) emprendieron repetidas campañas en aquel país (3). Así por primera vez despues de largo tiempo logró Israel tranquilidad, y volvió á gozar en paz de los bienes de la tierra de Jehova, robusteciéndose una vez mas la fe en Jehova, despues de sometida á tan dura prueba.

Ciertamente que calamidades de todo género parecian advertir que Jehova seguía enojado con el pueblo: varias ciudades habian sido destruidas por terremotos, y el pueblo padecia mucho á causa de sequías y malas cosechas (4). Pero en el ejercicio mas frecuente y fervoroso del culto; en las abundantes ofrendas y repetidas peregrinaciones á los santuarios del país hallaban los ánimos calma y consuelo. Arrancando Jehova á su pueblo de manos de los sirios, sacándole cual leño medio carbonizado de entre las llamas que lo consumen, habia mostrado muy marcadamente que le era benévolo y que no habia decretado su ruina; y no habia de ceder la cólera que pudiese todavía sentir, ante las intercesiones de los sacerdotes y profetas y el culto fervoroso que le tributaba su pueblo? De los escritos de aquella época se desprende la idea de que el pueblo, y en primer lugar las clases principales y mas influyentes, vivian en la confianza de que Jehova les miraba con clemencia y satisfaccion. De ahí que la gente se dedicase con alegre abandono, si bien en manera inofensiva desde el punto de vista de la moral de aquellos tiempos, al goce de la vida, sin la menor sombra de recelo de que Jehova pudiese poner reparo alguno al modo de ser y proceder del pueblo y del Estado.

No debian tardar, sin embargo, en presentarse las mas terribles pruebas. Los felices tiempos de Jeroboam de Israel y de Azarías de Judá no eran sino una pausa antes del pri-

(3) Del primero nos son conocidas las de 773 contra Damasco y de 772 contra Hadrach, y del segundo las de 767 y 755 contra Hadrach, y de 754 contra Arpad.

(4) Véase particularmente la enumeracion de los recuerdos del enojado Jehova, en Amós, 4, 7-11 (tambien 8, 9; 9, 6), que seguramente solo abrazan las calamidades acaecidas en tiempo del mismo Amós. En aquella época, á lo que parece, las epidemias asolaron tambien á otros pueblos asiáticos. La lista asiria de administracion menciona *mutanu* (morir, mortandad) en los años 803, 765 y 759.